

PARTE SEXTA

I

De púrpura estaba teñida toda la bóveda celeste. Por las lejanas cumbres asomó la luna llena, como enorme globo de cobre incandescente, y pareció contemplar atónita la ruina de la Ciudad soberana del mundo. En las inmensidades del firmamento destellaban también fulgores rojizos las estrellas; pero á diferencia de las otras noches, la tierra era más luminosa que el cielo. Roma, convertida en colosal hoguera, iluminaba toda la campiña, y á sus resplandores sanguíneos se destacaban las colinas, los poblados, las quintas, los templos, los monumentos, los acueductos que bajaban de las vecinas montañas y en los cuales muchos habían buscado refugio ó sitio adecuado para contemplar el igneo espectáculo.

El incendio devoraba, uno tras otro, todos los barrios de la Ciudad. No podía negarse que manos criminales lo alimentaban, porque á cada momento se le veía estallar en nuevos parajes, muchos de ellos apartados del foco principal. De las siete colinas en que se asentaba Roma descendían las llamas á los valles por donde se extendían las construcciones de cinco y de seis pisos, las barracas portátiles de tablas, los anfiteatros, los depósitos de aceite, de granos, de leña, de avellanas, de piñones, los almacenes de vestidos que la munificencia del César distribuía á veces á los miserables que anidaban en las callejuelas. En tales puntos, como hallaba el incendio materias muy inflamables, señalábase su invasión por una serie de explosiones y con increíble rapidez se propagaba á calles enteras.

La gente acampada fuera de la Ciudad conocía por el color de las llamas la naturaleza del combustible que daba lugar á las explosiones. Ráfagas impetuosas levantaban de pronto del igneo océano millones de avellanas y de almendras encendidas, que subían como enjambres de fulgurantes mariposas, y estallaban crepitando, y caían después cual lluvia de rubies sobre la hoguera, y aún, con frecuencia, en los campos inmediatos.

Parecía descabellado todo propósito de atajar el paso al voraz elemento. La consternación iba creciendo por momentos. Mientras los romanos huían por todas las puertas, muchos habitantes de las poblaciones circunvecinas, los campesinos y los pastores semisalvajes de la campiña, incitados por la codicia del botín, entraban en la Ciudad á millares.

Únicamente porque absorbía la atención general el espectáculo de la horrenda catástrofe no había empezado aún la matanza. Centenares de miles de esclavos, poniendo en olvido que Roma en todos los países por ella dominados tenía legiones prontas á defenderla, parecían dispuestos á renovar los tiempos de Espartaco, y esperaban con impaciencia un caudillo y una señal para comenzar los estragos.

Se daba acogida á los más absurdos rumores. Quien afirmaba que había prendido fuego á Roma Vulcano, por orden de Júpiter; quien decía que Nerón se había vuelto loco y ordenado á los pretorianos y á los gladiadores que acuchillaran al pueblo; y muchos juraban por los dioses que, obedeciendo á un mandato de *Barbarroja*, se había dado suelta á las fieras, y no faltaba quien asegurase haber visto por las calles leones con las melenas inflamadas, elefantes y búfalos enfurecidos que corrían atropellando á la muchedumbre. En realidad, los elefantes de algunos *vivarios*, conscientes del peligro que les amenazaba, habían destrozado las jaulas y corrían furiosamente, impelidos por el terror, devastándolo todo como un huracán.

Aunque el populacho daba más fácilmente crédito á las patrañas que á las noticias verídicas, hombres despiertos y perspicaces sostenían que era Nerón quien había ordenado que se prendiera fuego á Roma, cansado de sufrir los hedores pestilenciales de la Suburra.

Mientras tanto continuaban pereciendo á millares los ciudadanos: desesperados unos por haber perdido á las personas de su afección y los bienes se arrojaban á las llamas; otros eran víctimas de la asfixia. Entre el Capitolio, de un lado, y el Qui-

rinal, el Viminal y el Esquilino, de otro, así como entre el Palatino y el Monte Celio, donde se hallaban las calles más pobladas, había estallado el incendio en tantos sitios á la vez, que los fugitivos, cualquiera que fuese la dirección que tomaran, topaban con una muralla de llamas é indefectiblemente morían. Los que buscaron refugio en los mercados y en la plaza donde más tarde levantó Flavio un anfiteatro, en las inmediaciones del templo de la Tierra, en el pórtico de Livia y principalmente en los alrededores de los templos de Juno y de Lucina ó entre el *Clivus Virbius* y la antigua Puerta Esquilina, todos murieron abrasados. — En lugares que el fuego respetó se encontraron después centenares de cadáveres carbonizados, pertenecientes á personas que, para sustraerse á la acción de las llamas, habían levantado las losas de la calle y hundido parte del cuerpo en la tierra. — Pocas eran las familias que no hubiesen perdido alguno de sus miembros en la horripilante catástrofe, y á lo largo de las murallas, en frente de todas las puertas, por todos los caminos, llenaban el espacio el llanto y las plañideras voces de las mujeres.

Las plegarias se mezclaban con las blasfemias. Los ancianos tendían las manos hacia el templo de Júpiter *Liberator* gritando: «Si en realidad eres libertador, salva tu templo y salva la Ciudad.» Invocaba principalmente la muchedumbre desesperada á los antiguos dioses romanos, pretendiendo que á ellos les incumbía especialmente la misión de velar por Roma; pero los antiguos dioses se mostraban tan impasibles é impotentes como los otros, y el populacho les apostrofaba con dicerios y sarcasmos. Apareció en la vía Asinaria un grupo de sacerdotes egipcios con la estatua de Isis sacada oportunamente de su templo situado en las inmediaciones de la Puerta *Calimontana*. Las turbas les corrieron al encuentro y arrastraron el carro en que era llevada la diosa hasta la Puerta Appia, colocándola luego en el templo de Marte y atropellando á los sacerdotes que intentaron oponerse á esta profanación. En algunos puntos se oían plegarias á Serapis, á Baal, á Jehová. Los secuaces de éste, surgiendo á millares de las madrigueras de la Suburra y del Transtevere, llenaban los suburbios con sus gemidos, en los cuales se advertía, no obstante, como un acento de triunfo. Resonaban también en muchos parajes himnos misteriosos y solemnes cantados por hombres en la flor de la edad, por mujeres y por niños; cantos extraños cuyo sen-

tido no penetraba la multitud y en los cuales se repetían con frecuencia las palabras: «¡He aquí que viene el Señor en el día de la ira!» El gentío inmenso que rodeaba la incendiada Ciudad hacía surgir en la mente la imagen de un mar tempestuoso. Ni las plegarias, ni los cánticos, ni las imprecaciones, ni las blasfemias conjuraban el desastre que seguía su curso inexorablemente como el destino.

De pronto ardieron los almacenes de cáñamo, lino y cordelería situados cerca del anfiteatro de Pompeyo y con ellos los depósitos de alquitrán que se utilizaba para untar las cuerdas. Durante muchas horas toda la parte de la Ciudad tras de la cual se extendía el Campo de Marte apareció iluminada con una luz amarillenta tan viva, que los espectadores llegaron a sospechar que por un trastorno general de la naturaleza había desaparecido la sucesión alternada de los días y las noches y estaban contemplando la misma luz del sol. Pero lentamente se fueron sobreponiendo los resplandores rojizos y acabó la inmensa hoguera por presentar un tono sanguíneo. Del océano de llamas se levantaban enormes columnas incandescentes, gigantescos surtidores igneos, los cuales á cierta altura se deshacían en ramilletes de chispas que el viento, haciéndolas semejar unas veces enmarañadas madejas de hilos de oro y otras destrenzadas cabelleras, llevaba lejos, por la campiña, hacia los Montes Albanos.

La atmósfera, clara y transparente, parecía no sólo inundada de luz, sino de llamas. Hubiérase dicho que el río arrastraba metales derretidos. Y el incendio iba adquiriendo por momentos más vastas proporciones, é invadía las colinas, y se propagaba por las llanuras, y sumergía en las llamas los valles, y rugía cada vez más furiosamente, frenético, voraz, insaciable...

II

El tejedor Macrino, á cuya casa fué transportado Vinicio, le hizo tomar un baño, le vistió y le dió de comer. En cuanto hubo recobrado las fuerzas hizo el joven tribuno el propósito de ir inmediatamente en busca de Lino, pues el tejedor, que era cristiano, confirmó las palabras de Quilón, diciéndole que el buen viejo había marchado con el presbítero Clemente al

Ostriano donde Pedro debía bautizar á gran número de adeptos. Por otra parte, los cristianos del barrio no ignoraban que Lino había confiado dos días antes la custodia de su casa á un tal Gayo. Estas noticias pusieron á Vinicio de buen talante, pues reforzaron su convicción de que Ligia y Oso no habían corrido ningún peligro y de que se hallaban probablemente en el Ostriano.

Discurriendo sobre lo que pudiera haber acontecido, decíase Vinicio que, como no le permitían á Lino sus muchos años ir todos los días del Transtevere á la Puerta Nomentana y volver, era lo más probable que se hubiese alojado con Ligia y Oso, en casa de uno de sus correligionarios de extramuros, librándose así los tres de los peligros del incendio, el cual no había tomado gran incremento por la opuesta vertiente del Esquilino. Reconoció en esto la intervención de la Divina Providencia, y, en un transporte de fervorosa gratitud, juró que daría la vida por Cristo, si necesario fuese.

No abandonaba el propósito de correr en busca de su amada. «La hallaré con Pedro y con Lino, decía para sus adentros, y como Roma no será en breve más que un informe montón de escombros humeantes y de cenizas, me los llevaré á todos lejos, muy lejos; á una de mis propiedades de Sicilia, donde viviremos tranquilamente, entre servidores sumisos, en medio de la quietud de la campiña, bajo la protección de Cristo y bendecidos por el Apóstol. No es prudente permanecer por más tiempo entre este populacho soez y exasperado. ¡Ah, si pudiese dar con ellos en seguida!» Pero los obstáculos con que había tropezado, primero para ganar por la vía Appia el Transtevere, luego para retroceder, dirigirse á campo traviesa hacia la vía Portuense y penetrar en la Ciudad, dábanle idea de las dificultades de la nueva empresa. Para evitarlas en lo posible, decidió seguir otra dirección. Proponíase tomar por la vía Triunfal y la orilla del río hacia el Puente de Emilio, y desde allí, dejando atrás el Pincio, el Campo de Marte y los jardines de Pompeyo, de Lúculo y de Salustio, ganar la vía Nomentana. Era este el camino más corto; pero ni Macrino ni Quilón fueron de parecer que lo tomara el tribuno, fundándose en que, si bien se hallaban tales sitios libres del fuego, el gentío y los montones de objetos hacían casi imposible el paso por ellos. El griego le aconsejó que se dirigiese por el *Ager Vaticanus* á la Puerta Flaminia, cruzando

luego el río y siguiendo por entre la muralla y el jardín de Acilio hasta encontrar la Puerta Salaria. Después de un instante de vacilación se decidió el tribuno por este itinerario.

Quilón se prestó á acompañarle, y Macrino, que había de quedarse en casa, les proporcionó dos mulos, con la intención de que se utilizaran luego para el viaje á Sicilia. Quiso agregar un esclavo; mas lo rehusó Vinicio, seguro de encontrar en el camino fuerzas de la guardia pretoriana á las cuales poder ordenar que le siguiesen. Pusieronse, pues, en marcha Vinicio y Quilón, tomando por el *Pagus Janiculensis* hacia la vía Triunfal. También por aquel lado acampaba la gente en los espacios no edificados; pero era más fácil abrirse paso porque la mayor parte de los habitantes de Roma huían en dirección al mar por la vía Portuense. Pasada la Puerta Septimiana siguieron por entre el río y los magníficos jardines de Domicio, cuyos altos cipreses, á los resplandores del incendio, parecían iluminados por el sol poniente. Los obstáculos eran cada vez menores; pero de vez en cuando veíase obligado Vinicio á hostigar al mulo que montaba para abrirse paso por entre las turbas de campesinos que se dirigían á la Ciudad en busca de botín. Quilón iba á la zaga haciéndose estas reflexiones:

— Hétenos aquí, apartados ya del incendio, que sólo nos calienta las espaldas. De noche nunca se vió más claro por este camino. ¡Oh, Zeus! (1) Si no arrojas un diluvio sobre esa hoguera, harás patente que no sientes por Roma cariño alguno... ¡Esta es la Ciudad que hasta hoy ha sido señora de Grecia y del mundo entero!... ¡Pronto un griego cualquiera podrá tostar habas en sus cenizas! ¡Quién lo hubiera dicho!... ¡No existe ya Roma! ¡No existen los opresores romanos!... Sin peligro podrá uno dentro de pocos días pasear por encima de los escombros aún calientes y dar muestras de desagrado y aún silbar. ¡Oh, dioses inmortales!... ¡Silbar sobre la Ciudad que tenía esclavizado al mundo!... ¿Qué griego, qué bárbaro, lo hubiera nunca imaginado? Y, sin embargo, se podrá silbar impunemente sobre la orgullosa Roma, porque un montón de cenizas, sea producto de la humilde hoguera de unos pastores, sea resultado del incendio de una inmensa ciudad, siempre será un montón de cenizas que más pronto ó más tarde esparcirá el viento.

(1) Nombre griego de Júpiter.

De cuando en cuando volvía el rostro con expresión de alegría maligna, para mirar las enormes lenguas de fuego que subían hasta tocar las nubes.

— ¡Continúa ardiendo la Ciudad soberbia! — proseguía. — En breve ni vestigio quedará de ella... Pero, ¿adonde mandará el mundo desde hoy el trigo, las aceitunas y el dinero? ¿Quién le extraerá el oro y le hará brotar las lágrimas? No arde el mármol, es verdad; pero las llamas lo calcinan y pulverizan, y ¡también el Capitolio caerá en ruinas, como el Palatino! ¡Oh, Zeus!... Roma era el pastor; eran sus rebaños los otros pueblos. Cuando el pastor tenía hambre degollaba una de las ovejas, comíase la carne y te ofrecía á ti la piel ¡oh, padre de los dioses! ¿Quién, oh, Júpiter Tonante, degollará ahora las ovejas? ¿A quién confiarás el látigo del pastor? ¡Arde Roma entre tanto, arde casi tan bien como si tú le hubieses prendido fuego con tus rayos!...

— ¿Qué haces ahí tan abstraído? — le gritó Vinicio

— ¡Lloro el fin de Roma, señor!... — respondió Quilón.

Anduvieron aun largo trecho en silencio, escuchando el sordo fragor de la enorme hoguera y el ruido que producían con su aleteo las aves que pasaban por encima de sus cabezas, pues numerosas bandadas de palomas que anidaban en las quintas y en los caseríos de la campiña, así como muchos pájaros de los montes inmediatos y aún no pocas aves marinas, confundiendo los resplandores del incendio con la luz del sol, se precipitaban deslumbrados en las llamas.

Al cabo, Vinicio preguntó:

— ¿Dónde te hallabas al empezar el incendio?

— Me dirigía á casa del amigo Euricio, quien, como tú sabes, posee una tienda junto al Circo Máximo. Iba meditando sobre las excelencias de la doctrina de Cristo cuando me sorprendieron los gritos de: «¡Fuego! ¡fuego!» y vi correr mucha gente hacia el Circo. Al principio, algunos ciudadanos trataron de apagar el incendio; pero en cuanto vieron que el vasto edificio era por entero presa de las llamas y que éstas se propagaban á las casas vecinas, desistieron de su propósito, y yo, que como otros muchos había ido allí sólo por curiosidad, no pensé ya más que en salvarme.

— ¿Y viste, tú, á los incendiarios?

— ¡Pues no los había de ver, descendiente de Eneas! ¡Vi á los incendiarios, y vi á hombres que para escapar se abrían paso

matando, y presencié luchas sangrientas, y contemplé vísceras humanas llenas de lodo sobre las losas de las calles! ¡Ah, señor! Era tanta la confusión y tan horrible el estrago que no parecía sino que los bárbaros habían asaltado la Ciudad y se entregaban al saqueo y á la matanza. Muchedumbre de infelices gemían tristemente, creyendo llegado el fin del mundo; otros, perdida la razón, esperaban con el semblante descompuesto que el fuego les abrasara... Pero también vi á muchos que aullaban de alegría, por estimar que la ruina de Roma era la aurora de su libertad, pues, aunque parezca mentira, hay seres incapaces de apreciar en su justo valor los beneficios de vuestra supremacía y de las sabias leyes en virtud de las cuales despojáis á los otros de cuanto poseen para apropiároslo. ¡Por desdicha no tienen todos los hombres la virtud de conformarse con la voluntad de los dioses!

Absorto Vinicio en sus reflexiones, no se fijó en la ironía de las palabras de Quilón. Temblaba al pensar que Ligia hubiese podido encontrarse en aquellas horrendas escenas en las cuales eran pisoteadas las entrañas humanas, y, aunque ya había interrogado á Quilón varias veces sobre lo mismo, volvió á preguntarle:

—¿De manera que la viste en el Ostriano?

—La vi, en efecto, ¡oh, hijo de Venus! Vi á la muchacha, al bonachón de Oso, al virtuosísimo Lino y al Apóstol Pedro.

—¿Antes del incendio?

—Antes del incendio.

En el alma de Vinicio surgieron dudas respecto á la veracidad del griego, y por ello, parando de repente la caballería, miró con severo semblante á Quilón y le preguntó:

—¿Y qué hacías, tú, allí?

Turbóse Quilón, pues se acordó en aquel momento de que Vinicio le había prohibido, bajo pena de tremendos castigos, espiar á los cristianos, en especial á Lino y á Ligia.

—¡Señor!— dijo—¿Por qué ese empeño en creer que no amo á los secuaces de Cristo? Me encontraba allí porque soy á medias cristiano. Enseñóme Pirrón á preferir la virtud á la filosofía, y me ha entrado ahora singular querencia por las personas virtuosas. Además, como sabes, soy pobre, y mientras tú ¡oh, hijo de Júpiter! te solazabas en Ancio, estuve yo muchas veces á punto de morir de hambre sobre mis libros. Por esta causa iba con frecuencia á sentarme bajo los muros que rodean

el Ostriano, seguro de obtener algunas monedas para comprar pan, pues los adeptos de Cristo, aún siendo pobres, dan más limosnas que todos los demás habitantes de Roma juntos.

Parecióle á Vinicio verosímil la explicación, y en tono menos desabrido le preguntó:

—¿Y no atinas en donde pueda haberse albergado Lino estos días?

—¡Cara me hiciste pagar una vez la curiosidad!...— respondió el griego.

Calló Vinicio y siguieron un buen trecho en silencio. Al fin, dijo Quilón:

—Señor, con mi ayuda encontraste otra vez á la muchacha. Si doy ahora nuevamente con ella, ¿te acordarás de este pobre sabio?

—Te regalaré una casa con una viña cerca de Ameria.

—Gracias, ¡oh, Hércules!... ¿Con una viña has dicho?... ¡Mil gracias! ¡Ah, sí! ¡Con una viña!...

Encontrábanse á la sazón al pie de la colina Vaticana que aparecía tenuemente enrojecida por los resplandores del incendio. Al llegar á la Naumaquia torcieron á la derecha, con el propósito de pasar por el Campo Vaticano y cruzar luego el río para salir á la Puerta Flaminia. Pero en aquel punto el griego se paró de pronto y dijo:

—¡Señor! Se me ocurre una idea...

—¡Habla!— le contestó Vinicio.

—Entre el Janículo y el Vaticano, detrás de los jardines de Agripina, existen unas excavaciones de donde se sacan las piedras y la arena para construir el Circo de Nerón. Pues bien, señor, como tú no ignoras, los judíos que pueblan en gran parte el Transtevere se han dado á perseguir á los cristianos, y, si no recuerdo mal, ya bajo el imperio de Claudio promovieron tales desórdenes que fué preciso expulsarlos de Roma. Pero gracias á la protección de la Augusta han regresado, y tan seguros están ahora de su impunidad que, no guardando respetos ni consideraciones de ningún género, se muestran más exigentes y violentos que antes. Dígolo porque lo he visto con mis propios ojos. No se ha publicado ningún edicto contra los secuaces de Cristo; pero con tal vehemencia les acusan los hebreos de adorar una cabeza de asno, de inmolar niños y de propagar doctrinas no reconocidas por el Senado, y con tal saña les maltratan, invadiendo tumultuosamente sus

casas de oración, que los cristianos se ven poco menos que obligados á esconderse.

— Bien... ¡al grano, al grano!

— Pues quiero decir que mientras á los judíos se les permite celebrar públicamente sus ceremonias religiosas en las sinagogas del Transtevere, los cristianos se ven obligados á reunirse secretamente en casucas destartaladas, fuera de la Ciudad ó en los *arenarios*. Precisamente los que habitaban en el Transtevere han escogido para ello las excavaciones de donde se sacan los materiales para el Circo de Nerón y para los edificios que se construyen á la orilla del Tíber, y ahora, mientras arde la Ciudad, deben de estar orando. Es casi seguro que los encontraremos en aquellas canteras, y soy de parecer que allí nos encaminemos inmediatamente.

— Pero ¿no me dijiste que Lino se hallaba en el Ostriano? — preguntó Vinicio impaciente.

— Sí; pero como me has prometido una casa con un viñedo junto á Ameria, he de mostrarme más diligente buscando á la muchacha dondequiera que pueda hallarse. Y lo más probable es que esté en las excavaciones, orando; en otro caso, habrá allí quien nos diga donde podremos encontrarla.

— Es muy cierto. ¡Vamos, pues, allá!

El griego tomó entonces por la izquierda en dirección á la colina, y como ésta interceptaba los fulgores del incendio, caminaron por un momento en la obscuridad á pesar de hallarse vivamente iluminadas las vecinas cumbres. Pasado el circo, torcieron de nuevo á la izquierda y encontráronse de buenas á primeras en un pasadizo largo y angosto, á manera de callejuela de pronunciado declive, sumido en la obscuridad, si bien en el fondo veíanse brillar algunas luces.

— ¡Son ellos! — murmuró Quilón — Y deben de ser muchos los hoy aquí congregados, porque los otros sitios donde se reunían, ó han sido ya destruidos por las llamas, ó el calor y el humo los han hecho inaccesibles.

— Sí, son ellos; se les oye cantar — contestó Vinicio.

En efecto, del fondo de la obscura cavidad salía un canto suave y triste como una salmodia, mientras las luces, una tras otra, se apagaban, y por las aberturas laterales aparecían multitud de sombras, de suerte que muy en breve Vinicio y Quilón se encontraron en medio de un grupo de personas

Descabalgó el griego, y haciendo á un muchacho seña de que se acercara entrególe las riendas de su mulo.

— Soy sacerdote cristiano; más aún: obispo — le dijo. — Cuida de estas bestias hasta que volvamos; en recompensa te daré mi bendición.

Y, sin esperar á que el chico le respondiese, acompañado de Vinicio penetró en las excavaciones, siguiendo por una estrecha galería á la incierta y débil luz de las linternas, hasta encontrar una amplia cavidad donde no eran tan densas las tinieblas por estar alumbradas no sólo con las luces pálidas de las linternas y de los cirios, sino también con algunas teas clavadas en las resquebrajaduras de las peñas. Muchedumbre de fieles oraban, dobladas las rodillas, extática la mirada, tendidos los brazos hacia el cielo, cantando unos pausada y dulcemente, en medio de la pavorosa quietud subterránea, golpeándose otros el pecho, repitiendo todos con fervor el nombre de Jesús. Vinicio buscó en vano, entre ellos, á Ligia, á Lino y á Pedro.

De súbito cesó la salmodia y apareció Crispo, en actitud solemne, absorto, con el rostro pálido y severo, en un hueco, á manera de hornacina, que se había formado al extraer un bloque enorme. Claváronse en él los ojos de todos los cristianos, como si de sus labios esperasen palabras de consuelo. Bendijolos Crispo y empezó á hablar de esta suerte, con voz rápida, enérgica y alta, casi gritando:

— ¡Arrepentios presto de vuestros pecados y llorad, porque ha llegado la hora suprema de la expiación! Sobre la corrompida y abominable Ciudad, sobre esa maldita Babilonia, ha hecho llover Dios el fuego devastador. ¡Sí!; ¡ha sonado la hora tremenda, la hora del terrible Juicio, en que la criatura habrá de dar cuenta á Dios de sus actos y en que la divina cólera se extenderá por todo el haz de la tierra! Prometió Cristo volver, y veréisle dentro de breves instantes; pero no como humilde Cordero dispuesto de nuevo á derramar su sangre para redimir nuestros pecados, sino como Juez airado y sañudo, armado con los rayos de su justicia, pronto á arrojar á los abismos infernales á los pecadores y á los enemigos de su santo nombre ¡Ay, de los que no tienen fe!... ¡Ay de vosotros los que obstinadamente permanecéis esclavos del pecado! ¡No habrá para vuestras culpas misericordia!... ¡Yo te contemplo, oh Cristo, en tu resplandeciente gloria! Caen las estrellas, como copiosa lluvia;

se obscurece el sol; se abren las entrañas de la tierra; salen los muertos de sus sepulcros, y apareces Tú, en medio de ellos, precedido del retumbo del trueno y del formidable resonar de trompetas, circundado de legiones de ángeles exterminadores sobre tempestuosas nubes. Si; ¡yo te veo y te oigo, oh Jesucristo, Dios mío!

Cerró los labios é irguiendo la cabeza pareció contemplar largo espacio de tiempo lejana y amedrentadora aparición. De pronto llegó al subterráneo un rumor sordo, como de trueno, y luego otro, y otro. Era que en la Ciudad se derrumbaban calles enteras. Pero los cristianos, entre los cuales se hallaba muy extendida la creencia del próximo fin del mundo, especialmente desde que estallara el incendio, tomaron tales ruidos por señales evidentes de que se acercaba el tremendo Juicio y muchos quedaron sobrecogidos de espanto.

— ¡Es el día del Juicio!; ¡sin duda!; ¡el día del Juicio! — exclamaban con voz temblorosa los más medrosos.

Otros se cubrían la cara con las manos, bien convencidos de que la tierra se agrietaría y surgirían de sus entrañas las hidras infernales para aprisionar á los pecadores.

Algunos gemían:

— ¡Jesucristo, Dios y Señor nuestro! ¡Tened piedad de nosotros! ¡Misericordia, Redentor nuestro!

Quien confesaba sus pecados en alta voz; quienes se abrazaban estrechamente para que así les sorprendiese el terrible acontecimiento.

Pero también los había que no presentaban en el semblante la menor señal de turbación, antes, por el contrario, parecían poseídos de la más serena alegría, y no pocos, sumidos en profundo éxtasis religioso, murmuraban misteriosas palabras en idiomas incomprensibles.

— ¡Despertad de vuestro sueño los que dormís! — gritó uno desde oscuro rincón.

Pero la voz tonante de Crispo dominaba todas las demás:

— ¡Renunciad á los bienes terrenales — decía, — porque en breve la tierra se hundirá bajo vuestros pies! ¡Despreciad los amores mundanos, porque Dios castigará á los que quieren más á su mujer y á sus hijos que á Él! ¡Ay de los que anteponen las criaturas al Criador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los que aman el fausto y la opulencia! ¡Ay de los licenciosos! ¡Ay del marido! ¡Ay de la esposa y del hijo!

En aquel momento un estampido formidable hizo retremblar la cavidad. Todos los circunstantes cayeron de bruces, cruzando los brazos como para ahuyentar los espíritus malignos. Era tan profundo el silencio que se oían solamente el susurro de la respiración anhelosa y algunas voces apagadas que murmuraban « ¡Jesús, Jesús, Jesús, Señor nuestro! »

De pronto se levantó una voz serena y apacible que decía:

— ¡La paz sea con vosotros!

Era el Apóstol Pedro que acababa de entrar. De la misma manera que un rebaño disperso y espantado se agrupa y reanima á la aparición del pastor, así recobraron el aliento y la esperanza á la vista de Pedro aquellos cuitados, los cuales se apresuraron á levantarse y á rodearle, estrechándose los más próximos contra su persona, como en demanda de amparo y protección.

El Apóstol tendió las manos y habló de esta suerte:

— ¿Por qué ha invadido el temor vuestros corazones, hijos míos? ¿Quién, que no esté inspirado por el Espíritu Santo, puede saber lo que le acontecerá antes de que llegue su última hora? El Señor ha castigado por el fuego á esa impura Babilonia; pero vosotros, purificados por el Bautismo, redimidos con la preciosísima sangre del Cordero, vosotros estáis protegidos por la Misericordia Divina y moriréis con el nombre de Cristo en los labios. ¡La paz sea con vosotros!

Después de las palabras amenazadoras de Crispo, las de Pedro cayeron sobre los congregados como bálsamo de consuelo. El espanto cedió el puesto al amor, y apareció de nuevo en todas las imaginaciones la figura apacible y atractiva de aquel Cristo á quien todos amaban con delirio, gracias á las narraciones de su pasión y muerte hechas por el Apóstol, y, más que Juez inexorable, pacientísimo y humilde Cordero; pero de una bondad infinitamente más fuerte que todas las humanas iniquidades.

Confortados con la esperanza, volviéronse todos á Pedro, henchido el ánimo de gratitud, y gritaron á coro:

— Somos tus ovejas, tú el pastor: apaciéntanos.

Los que le estaban más próximos decían:

— No nos abandones en el momento del peligro.

Vinicio se acercó al Apóstol, le cogió el borde del vestido, é inclinando la cabeza dijo:

— ¡Apiádate de mí, Señor! La he buscado entre el gentío,